

La semana pasada me centré en cuánto nos ama Dios, de lo cual el crucifijo es un signo concreto. Las lecturas de hoy deberían impulsarnos a pensar en cómo respondemos a ese amor. ¿Cuánto amamos a Dios? ¿Cuáles son las señales de nuestro amor por Dios? En términos del evangelio, los frutos que damos son signos de nuestro amor por Dios.

Pero primero, para que podamos dar buenos frutos, debemos estar firmemente unidos a Jesús. Él es la vid, nosotros somos los sarmientos. No podemos dar fruto solos, debemos permanecer arraigados en él. ¿Cómo permanecemos en Jesús? Hay diferentes maneras.

San Juan nos dice que permanecer en Jesús significa guardar sus mandamientos y hacer lo que le agrada. ¿Cómo sabemos lo que agrada a Jesús? ¿Cómo conocemos sus mandamientos? ¿Cómo conocemos a Jesús? Sabemos de Jesús a través de la Iglesia. Sabemos acerca de Jesús a través de las Escrituras y las enseñanzas de la Iglesia.

¿Podemos aprender todo lo que la Iglesia necesita enseñarnos mediante una homilía de diez o quince minutos una vez a la semana? Para saber todo lo que podamos sobre Jesús, tenemos que hacer más que asistir a Misa una vez por semana. Tenemos que tomar la iniciativa y utilizar todos los recursos que tenemos a nuestro alcance, empezando por la Biblia y el Catecismo. Estos son los puntos de partida para aprender sobre Jesús y lo que significa permanecer en su amor.

Permanecer en Jesús guardando sus mandamientos puede parecer legalista. Jesús quiere que vivamos en él de la misma manera que vivimos en nuestros hogares. La vid y los sarmientos son una sola unidad viviente. No podemos vivir si estamos separados de Jesús. Por eso nos dejó la Eucaristía. La Eucaristía –el propio cuerpo y sangre de Jesús– nos da el alimento que necesitamos para nuestro viaje al cielo. La Eucaristía nos une a Jesús porque cuando la consumimos, Jesús pasa a ser parte de nosotros y nosotros pasamos a ser parte de él. Y... porque todos estamos consumiendo la carne y la sangre de Jesús (para usar la imagen del pan de vida, todos comemos del mismo pan), la Eucaristía también nos une unos a otros.

Todos somos sarmientos de la misma vid y todas partes del único cuerpo de Jesús. Eso tiene implicaciones para la forma en que vivimos nuestras vidas y nos tratamos unos a otros. La forma en que nos tratamos unos a otros nos muestra cuánto amamos a Dios. Si Jesús está físicamente presente en cada persona que recibe la Eucaristía, lo que le hacemos a esa otra persona, también se lo hacemos a Jesús. Yendo un paso más allá: cada persona es creada a

imagen y semejanza de Dios, independientemente de todas las formas en que estemos divididos unos de otros. Lo que le hacemos a cualquier otra persona, lo estamos haciendo a imagen de Dios mismo. Nuestras acciones mutuas demuestran cuánto o cuán poco amamos a Dios.

Cuando permanecemos en Jesús y permanecemos en el amor de él, daremos mucho fruto, no por nosotros mismos sino por nuestra conexión con Jesús. Los frutos que damos son signos de nuestra conexión y nuestro amor por Dios.

San Juan nos dice: “Hijos míos: No amemos solamente de palabra, amemos de verdad y con las obras.” ¿Cómo podemos mostrar activamente nuestro amor por Dios y por los demás? En términos de comunidades parroquiales, consulte nuestro boletín que tiene una lista completa de ministerios y programas que pueden utilizar voluntarios. Una comunidad parroquial es más que sólo el sacerdote, el diácono, el personal parroquial y unos pocos voluntarios extremadamente dedicados. Así como un cuerpo depende de todas sus partes, una comunidad parroquial depende de todos sus miembros. Jesús quiere dar grandes frutos a través de cada uno de nosotros. ¿Cómo te llama Jesús a poner tu amor en acción?